

Avec ma main brûlée, j'écris sur la nature du feu.

«Con mi mano quemada, escribo sobre la naturaleza del fuego.»
Ingeborg Bachmann, *Malina*, a la manera de Gustav Flaubert,
carta a Louise Colet, 6 de julio de 1852.

Estaban de pie ante la gran entrada, rodeados de campiña abierta y vacía, una campiña fea, llanos campos arados, embarrados. Esa mañana el cielo era un bálsamo de un pálido azul blanquecino. La mujer vestía una falda lápiz de tweed, una blusa de seda gris y se había recogido la oscura melena en un moño suelto como el que en otro tiempo solía lucir su madre. Se había roto el brazo derecho y lo llevaba en un cabestrillo hecho con un fular de seda discretamente conjuntado con la blusa. A sus pies, una maleta. Los niños —el chico tenía nueve años y la chica, que llevaba su muñeca favorita, seis— iban cargados con sendas mochilas y cada uno custodiaba una maleta pequeña. La mujer dio un paso al frente y se acercó a la verja —rematada en puntas de hierro, imponente— en busca de la cerradura. En su lugar encontró un sistema de vigilancia, un lector de manos, y apoyó la palma en la pantalla electrónica largo rato, hasta que el aparato la derrotó. Imperturbable, volvió a recoger la maleta y, sin mirar a los niños, dejó el camino de entrada y se adentró en los márgenes cubiertos de hierba.

Al cabo de un rato los niños decidieron seguirla. Primero el chico, luego la niña. Avanzaron pesadamente en fila india paralela al muro de piedra que bordeaba la vasta finca hasta que la mujer llegó a un lugar que le resul-

taba familiar; había reconocido un viejo roble que asomaba por encima de la pared rematada de cristales. Una enredadera de olor dulzón cubría esa sección de muro y la mujer, colgándose la maleta de la escayola como pudo, atravesó la vegetación con la mano izquierda en busca de la piedra escondida detrás. Hasta que encontró... la puerta. Tiró de la enredadera y cuando los niños llegaron a su lado contemplaron la actuación maternal con la misma expresión impasible con la que solían ver la televisión. Pero enseguida el niño se aprestó a ayudarla y al final descubrieron la pequeña entrada de madera. La mujer todavía conservaba la llave y, sosteniendo el delgado tesoro en el mitón de la mano izquierda, la «siniestra», lo encajó en la cerradura. Al principio la giró en el sentido equivocado pero luego, clic, oyeron caer el tambor. La puerta no se abrió, no quería abrirse: la mujer lo intentó, pero la puerta seguía cerrada. Empujó con todo el peso de su cuerpo, se apoyó con el hombro, pero la puerta se negaba a moverse. La mujer permaneció allí largo rato, descansando la frente contra la puerta, como si a fuerza de desearlo al menos la puerta fuera a fundirse y dejarles pasar.

Lo intentó el niño. Se plantó firmemente en el suelo y pateó la puerta. La pateó una y otra vez, primero con una patada baja y fuerte y luego con un ataque doble de kung-fu. Retrocedió unos pasos y, cual saltador de altura, sosteniéndose de puntillas, concentrándose, se preparó para coger carrerilla: se lanzó contra la puerta. Al impactar se oyó un ruido sordo. Repitió el intento; atacó con brutalidad. Y lo volvió a intentar. Una y otra vez, sin quejarse. Se levantaba con un gesto de dolor y regresaba

al punto de partida, alzaba los talones, corría hacia la puerta. Pero la puerta era de roble y él un niño; tenía la camisa rasgada y ensangrentada. Miró de reojo a la mujer, quien, con un lento guiño, le animó a continuar. Al final el niño forzó la puerta.

La mujer fue la primera en cruzar, enganchándose y rompiéndose las medias. El niño ayudó a su hermana a pasar y luego, bolsa a bolsa, entró todo el equipaje. Echó un rápido vistazo a su alrededor para asegurarse de que nadie los había visto y cerró la puerta.

* * *

Una vez dentro arrastraron las maletas por el césped, que había crecido denso y blando. A lo lejos, una cuadrilla de cuatro hombres, jardineros uniformados, recogía hojas con las palas de una fuente de piedra esculpida. Al aproximarse el trío, uno de los jardineros, empleado de toda la vida, se levantó trabajosamente para saludar. La mujer le devolvió el saludo pero no se desvió de su camino. Siguió la larga hilera de tejos recortados en formas fantásticas, sombreros de copa y halteras. Otro jardinero, a lomos de un cortacésped, viró bruscamente para esquivarlos. Evitaron el jardín de rosas y acortaron por el sendero de guijarros flanqueado por olmos cuyas ramitas todavía no habían echado hojas y por tanto se advertía claramente que en realidad un árbol crecía, que una ramita se había abierto camino a través de una rama, que un olmo no había llegado al mundo con forma de olmo. La niña se negó a abandonar el césped, no quiso pisar el sendero hasta que su hermano le abrió la maleta

y extrajo el exoesqueleto diminuto de un cochecito. La niña sentó a la muñeca en el cochecito y, más tranquila, siguió avanzando, apañándose las para empujar el cochecito y arrastrar la maleta al mismo tiempo.

Los escalones de piedra que conducían al château eran anchos y bajos, y romos como una pastilla de jabón. La mujer asió la aldaba —un gran anillo de bronce que atravesaba la nariz de un toro enorme también de bronce— y la sostuvo en la mano. Llamó. Esperaron pacientemente, con la clase de paciencia que nace más del agotamiento, de abandonar cualquier expectativa de obtener una gratificación fácil que de la cortesía. Revolvió el pelo del chico para darse ánimos mutuamente. Toc-toc. Contestó una anciana. Vestía el uniforme de siempre, vestido negro con delantal blanco, y llevaba el pelo, ahora gris, enroscado en un pulcro moño. Se miraron la una a la otra sin pronunciar palabra y se comunicaron el milagro callado que había ocurrido en la puerta: primero no había nadie y luego de pronto... ahí estaban. Los niños, atisbando el interior, espionaron el vestíbulo; era austero e inmenso, las paredes revestidas de madera estaban pintadas de un gris paloma clarísimo. Los techos altos le conferían la autoridad de una iglesia o un tribunal, una autoridad que minaban los globos de colores chillones que había anclados en jarrones y atados al pasamanos de la gran escalera central.

—Hola, Ida —saludó la mujer con calma—. Soy yo.

—Hola, Olivia.

—¿Te presento a los niños?

Cada niño saludó cansado. Ida se fijó en el hombro ensangrentado del chico, en la camisa y los pantalones

desgarrados, pero se mordió la lengua. Se inclinó, dobló los dedos a modo de saludo y los invitó a entrar.

La abuela coronaba la escalera. Iba impecablemente vestida con un traje chaqueta en tejido bouclé y un collar de perlas perfecto. A su lado descansaba un bastón de empuñadura plateada con aire de cetro. Pese a su figura menuda y frágil, transmitía digna resignación.

—Hola, madre.

—Hola, Olivia.

La mujer subió las escaleras y, al llegar junto a su madre, tomó la mano débil y escamosa de la anciana y la besó. Un gesto formal, no de reconciliación. Y la madre, a su vez, evaluó a la mujer: el pelo desordenado, las medias enganchadas, el brazo roto. Con tacto, decidió no hacer comentarios.

—Necesitaba estar en casa —dijo la mujer. Siguió un largo silencio—. Bueno, te presento a los niños.

Les indicó por gestos que subieran.

—Este es Andrew, le llamamos Andy. Andy, esta es tu abuela. *Grand-mère*. Abuela.

El niño dijo hola; la abuela sonrió.

—Y esta es Lucy. Lucyloo.

—Hola, Lucyloo —saludó la abuela.

La niña era demasiado tímida para contestar.

—¿Os quedaréis mucho tiempo?

Pausa.

—Sí, creo que sí.

—De modo que este es el día del desembarco —repuso la abuela. Tocó uno de los globos con la punta del bastón—. Tu hermano llegará pronto. Su mujer está embarazada. En el hospital. Llegarán en cualquier momento.

Está todo listo, al menos para los seis primeros meses, los más difíciles. Pero, por supuesto, hay sitio de sobra. ¿Dónde te gustaría dormir, Olivia?

—Donde cause menos complicaciones.

—Que se encargue Ida. —La abuela miró a Ida en busca de confirmación—. Bien, en fin, ¿estás cansada? Seguro que sí. Es un viaje muy largo. —Luego añadió—: ¿Ha sido muy largo?

—Larguísimo —replicó la mujer—. ¿Verdad, niños?

El niño se encogió de hombros pero la niña subió y bajó la cabeza sin parar.

* * *

Ida los acompañó a sus habitaciones de la planta alta. En el pasado el cuarto de los niños había acogido a invitados adultos, a parejas que ya no compartían lecho; estaba amueblado con dos camas grandes, cada una con un cabecero acolchado de satén blanco. En cuanto Ida se marchó, la niña dijo: «Aquí huele a viejo». Vencida por una fatiga atómica, la mujer por fin se desplomó sobre una butaca en un rincón de la habitación. El chico saltó sobre el colchón de su cama para evaluar los muelles. Toqueteó la lámpara de la mesita de noche, retorciendo la perilla de bronce de debajo de la pantalla con borde de flecos, pero no consiguió encenderla. Se puso de pie sobre la cama y examinó el cuadro que colgaba sobre el cabecero: un retrato dieciochesco de una mujer de pelo negro y piel lunar con un ramillete de violetas en el regazo. Violet, en la casa la llamaban Violet. El niño rozó los pechos de Violet con la punta de los dedos, palpando la superficie del cuadro, y rascó un trocito de craquelado con la uña. Cuando consiguió arrancarlo levantó el dedo

orgulloso y le enseñó a su madre el fragmento: «Es de verdad».

Bajó de un salto de la cama y se dirigió a las ventanas altas y estrechas con vistas a una gran extensión de césped. Intentó de todas la maneras posibles abrir las ventanas sin conseguirlo. Se enroscó en las cortinas de seda, largas hasta el suelo, y giró y giró hasta desaparecer. Debía de estar a oscuras, sin apenas poder respirar, escuchando el latido de su corazón. Al cabo de un rato la niña –abandonada con su muñeca en mitad de su cama inmensa– se asustó.

–¡Andy!

El niño regresó al mundo.

Mirando a la mujer, el niño se acercó a su maleta y sacó el teléfono móvil y el cargador. Contrabando. Se arrodilló y, siguiendo el cable de la lamparilla, buscó una toma de corriente. Tal y como había vaticinado la mujer, el chico descubrió que las clavijas del cargador no encajaban y que por mucho que empujara no lograría enchufarlo. Así que se sentó sobre los talones y asimiló el alcance de su confinamiento; escudriñó cada rincón como si la conjunción de dos paredes, el ángulo, señalara una salida. La mujer le dejó hacer: se levantó de la butaca y se dirigió a su cuarto, en la habitación contigua.

Su cuarto... nunca había sido su cuarto. Era otro cuarto de invitados, amueblado como los otros. Descorrió las cortinas y se soltó el pelo, liberó el brazo del cabestrillo.

Se desnudó, dejó caer la ropa en un montón en el suelo. Se metió en la cama. Se tumbó bocabajo con la cara hundida en la almohada. Se produjo entonces un bucle temporal; ya estaba muerta. Pero luego debió de intuir la presencia de los niños en el umbral porque —con gran esfuerzo, girando la cabeza y abriendo un ojo— comprobó en el reflejo del espejo que sí, efectivamente los niños habían estado espiándola y, aunque no podía saber cuánto rato, sin duda habían visto a su madre tumbada en la cama con la blanca planicie de su espalda cubierta de viejas contusiones ya amarillentas.

—¿Andy? —dijo, y la palabra sonó ahogada, desfallecida—. Los dos. Salid fuera a jugar, por favor.

* * *

Al poco rato Ida preparaba la comida en la cocina, una cocina enorme con una chimenea empotrada, suelo enlosado y una larga mesa de madera en el centro. Trabajaba sobre la mesa mientras las gemelas, las criadas adolescentes que llevaban con ella casi un año, troceaban verduras en unas encimeras de mármol dispuestas a lo largo de la pared del fondo. Los niños, que se habían cambiado de ropa, asomaron la cabeza por la esquina.

—Hola.

—¡Hola! Mira quién está aquí —saludó Ida—. ¿Queréis galleta? —Su dominio del inglés era básico.

La niña alzó su muñeca y anunció sin más:

—Se llama Pinky. Venimos huyendo.

—Venimos de visita —corrigió el hermano.

Ida fingió entenderlos con una sonrisa multiuso y dio una galleta a cada niño. La niña empezó a dar saltos en círculo.

—Estamos de paso —explicó el chico—. No te preocupes, nos iremos enseguida. Tal vez mañana. O pasado mañana.

La niña, al completar el círculo, pregonó:

—Vivo en Australia.

—Australia. Muy lejos. Muchos canguros.

El niño obvió la alusión a los canguros y preguntó:

—¿Eres una criada?

Las gemelas, al fondo, reprimieron la risa.

—Ama de llaves —replicó Ida—. Y estoy aquí desde mucho tiempo. Conozco este lugar de cabo rabo y todo lo que pasa aquí. To. Do. Todo. —Les clavó la mirada que usaba para asustar a los niños—. El cuadro. Violet. Lo sé. Las cortinas. Lo sé. —Se dio unos golpecitos en la frente—. Aquí, mi tercer ojo. Aquí.

El ama de llaves se agachó y dejó que los niños se turnaran para tocarle el tercer ojo igual que, hacía ya muchos años, se había agachado para otorgar idéntico privilegio a la madre de los pequeños. En aquellos días lejanos los niños de la casa nunca habían dudado de los poderes misteriosos de Ida, de su aflicción; hermano y hermana habían llegado a tomarse molestias inauditas para ocultar sus travesuras, incluso las cometidas en habitaciones vacías.

—Siempre estoy vigilando —le dijo Ida al niño y pidió la confirmación de las gemelas. Sí, sí, cabecearon estas con gravedad.

Después de que los niños se hubieran marchado, a una de ellas se le cayó una yema de huevo en la encimera e Ida, sin volverse, chasqueó la lengua a modo de advertencia.

* * *

Un poco más tarde los niños estaban jugando solos junto al lago. El chico lanzaba piedras al agua mientras su hermana cavaba un hoyo en la arena utilizando de pala la mano de plástico de la muñeca. Los sauces llorones se casaban con sus reflejos. En la orilla más alejada del lago, un bosque susurrante y oscuro y, más allá, una elevación, la montaña: impenetrable a los caminos, a los túneles, invencible. La mujer se había cambiado de vestido, se había retocado el maquillaje y se había arreglado el peinado. No se sumó a los niños, sino que los observaba desde un banco de piedra con vistas al lago. Al cabo de un rato la niña descubrió a su madre y se levantó de un brinco, saludándola. Corrió a su lado.

—¡Mami! —Se le abrazó al cuello—. ¡Mami! ¿Podemos nadar? ¿Podemos nadar?

—Hace demasiado frío —replicó la mujer—. El invierno todavía sigue en el agua.

Lo cual apenas preocupó a la niña aunque el chico dejó caer la cabeza y puso cara de no creerse a su madre.

—¡Oliiiiiiia! ¡Oliiiiiiia!

A lo lejos, Ida agitaba en alto el delantal blanco.

—¡Oooliiiiiiaaaa!

Apretaron el paso por el sendero.

—Olivia, ven, rápido. Que llega tu hermano —dijo Ida.

La mujer cogió a la niña de la mano e Ida al niño. No habían avanzado demasiado cuando este robó la muñeca de su hermana y echó a correr a toda velocidad.

Dentro de la casa tuvieron que recorrer los largos pasillos de parquet a paso majestuoso: una de las normas de la casa que jamás se quebrantaba. La abuela los esperaba en el vestíbulo. Se reunieron con ella junto a la puerta e

Ida se llevó una mano a la oreja: «Escuchad». Escucharon: respiraron, nadie hizo ningún otro ruido. La niña adoptó su «cara de escuchar», una especie de mueca consistente en cerrar los ojos y apretar la mandíbula con sonrisa de maníaca. Aguantó así un minuto.

—¿Ves algo? —le preguntó a Ida.

Sí, indicó con la cabeza el ama de llaves.

—Ya vienen.

Oyeron un coche arrancando un ruido áspero del camino de piedras, una portezuela abrirse y cerrarse y a alguien llamando: toc, toc, toc. Cuando la abuela dio la señal, un discreto ademán, Ida abrió la puerta.

—¡Marcus!

La mujer se lanzó a abrazarle. Marcus era alto y llevaba siempre la cabeza gacha, lo que le daba un aire tímido. Por su pelo castaño claro y sus ojos azul grisáceo se parecía más a su padre que a su madre. Era el hijo de su padre. Normalmente se le consideraba atractivo, pero hoy se le veía demacrado. Iba sin afeitarse y tenía bolsas grises bajo los ojos. Llevaba colgando del hombro una bolsa de tela con estampado de ositos.

—¡Y Sophie!

Las rojeces de la piel delataban que Sophie había estado llorando. Sophie rondaba la cuarentena y aunque era de huesos grandes —de caderas anchas y fuertes— se las apañaba para parecer pequeñísima, casi a punto de desaparecer. Ese día llevaba pegado al pecho un fardo envuelto en una manta de color rosa claro. Y en la muñeca, el identificador de plástico del hospital.

—¿Olivia? —preguntó en voz baja Marcus, sin un ápice de sorpresa, como si ya nada le sorprendiera, como si ya no disfrutara de ese lujo.

—Hola, Marcus.

Una sonrisa discreta y amable.

—Hola.

Marcus pareció dudar sobre qué hacer, luego cogió a Sophie por los hombros y la condujo por las grandes puertas dobles hacia el salón.

El salón estaba sobriamente amueblado con algunas piezas Luis XV como las sillas con patas cabriolé terminadas en pies con forma de ciervo. Docenas de cornamentas colgaban de las paredes. Incluso con esa decoración la estancia parecía vacía, de ese modo en que una habitación vacía puede parecerlo todavía más si le añade una mesa solitaria. Sophie se acomodó al final de una chaise longue con cautela; debían de haberle puesto alguna grapa tras el parto o quizá tuviera el coxis dolorido. La abuela se sentó frente a ella e Ida detrás de la abuela, en su puesto.

Marcus apoyó una mano en el hombro de Sophie.

—Nosotros... Yo.... lamento mucho deciros...

—Miró a los niños y titubeó, después continuó—. Hemos tenido un accidente. El cordón... Ha nacido con el cordón enroscado en el cuello. No había nada que hacer. Nuestra niñita, nuestra Alice, ha muerto. No ha vivido.

Tras una larga pausa, la abuela se santiguó.

—Marcus, Sophie —dijo—. Lo sentimos muchísimo. ¿Hay... hay...?

—El hospital nos ha dicho... Sophie quería... Nos dijeron que sería mejor traer a Alice a casa.

—Oh. —La abuela recolocó las manos sobre el regazo—. ¿El cordón? ¿En el hospital? ¿Cómo...?

—Ha pasado —contestó Marcus—. No sabemos cómo. Nadie ha hecho nada mal.

—Lamento profundamente vuestra pérdida —dijo la mujer. Agachó la cabeza y dedicó un gesto a Sophie.

—¿Cuánto, cuánto...?—tartamudeó la abuela.

—Uno o dos días. —Marcus y Sophie se miraron—. Nos gustaría conocerla antes del funeral.

Al escuchar la palabra «funeral», Sophie se cambió el fardo de pecho.

Los nudillos de Ida estaban blancos. Con un brusco golpe de muñeca atrajo la atención de la mujer y le indicó que los niños debían salir inmediatamente de la habitación.

* * *

Por la mañana a la hora del té Ida acompañó a la mujer al jardín de rosas; había preparado una bandeja con tisana y milhojas de almendra. La mujer caminaba despacio, como si el brazo roto le hubiera alterado ligeramente el equilibrio y ya no pisara de manera automática, sino deliberada. De niña el jardín había sido uno de sus lugares favoritos. Había un mar de rosas, rosas enroscadas en columnas que luego —al florecer— caían en cascada desde sombrillas de alambre. Rugosa, Madame Alfred Carrière, Amiga Mía, Parkdirektor Riggers. Incluso había una rosa de bordes amarillos que llevaba su nombre, la Olivia. Ida dejó la bandeja en uno de los asientos de madera, cuyo respaldo tenía forma de frondas de helechos, y se marchó.

La mujer se calentó la mano con la tetera de émbolo. Luego la levantó y, con sumo cuidado, movió por el aire aquel invento de plata y cristal y sirvió lentamente el contenido. Se sirvió justo hasta el borde dorado de la taza. Tener que actuar como zurda la ralentizaba y cada